

EL CAPITALISMO VASCO EN LA PRIMERA GUERRA MUNDIAL

DE 1914 a 1918 —escribió Vicens Vives—, la economía española se benefició de la neutralidad del país durante el primer conflicto mundial. Una cascada de oro riega la agricultura y la industria, libera a España de las deudas contraídas durante el siglo XIX y aún deja un remanente notable en las arcas de los Bancos y de los particulares». Las mismas palabras, incluso con esquemas explicativos bastante elaborados, podían haberse encontrado entre los economistas que contemplaron el cambio (los Bernis, Riu, André) o los técnicos cercanos al proceso productivo, como los inspectores de trabajo, que, vinculados al Instituto de Reformas Sociales, tenían que tropezar en su trabajo cotidiano con los efectos de la crisis de crecimiento. No obstante, a pesar de esta evidencia, el hecho excepcional de la acumulación capitalista favorecida por la guerra, permaneció marginado del cuadro de análisis de una historiografía preocupada por las motivaciones personales de las figuras políticas o, como mal menor, por las crisis de los partidos dinásticos y la aparición, al parecer espontánea, de un grado no conocido antes de conflictividad obrera. Cuando no se abordaba el tema asumiendo la tesis del «desajustamiento» económico generado en un sector de excepción respecto a la trayectoria general o del hecho aparente de la miseria obrera debida a lo que entonces se llamó «la carestía de las subsistencias».

Cabe, pues, en justicia, acudir al tópico y afirmar que la investigación de José Luis García Delgado, Juan Muñoz y Santiago Roldán (1) ha venido a cubrir un vacío que dejaba sin posible explicación toda una gama de hechos, desde el fabuloso crecimiento de las afiliaciones sindicales

entre 1916 a 1920 o las agitaciones campesinas del «trienio bolchevique», visiblemente conectados con el proceso de acumulación, a otros en apariencia más alejados, como el fortalecimiento de las ideologías nacionalistas o la génesis del propio régimen dictatorial de 1923. El material analizado por el citado equipo de trabajo para redactar *La formación de la sociedad capitalista en España, 1914-1920*, cubre de forma casi exhaustiva la documentación impresa sobre la coyuntura económica del período, con un trazado riguroso de los propios límites, tanto temporales (la investigación se cierra en 1920, al iniciarse la coyuntura depresiva) como en el análisis sectorial (en especial, queda fuera de estudio el problema agrario). El intento de buscar una línea explicativa global del sistema lleva, en cambio, a plantearse en profundidad la evolución del conflicto de clases y la orientación ideológica de los grupos sociales dominantes, desbordando las pautas del tradicional análisis de coyuntura. Así, el esfuerzo de documentación de que dan cuenta la acumulación de notas y el apéndice bibliográfico permite responder con suficiente rigor a las cuestiones básicas que aspiraba a resolver la investigación: ¿cuáles fueron las características y el ritmo del proceso de acumulación capitalista inducido en el sistema económico español por la neutralidad?, ¿cuál fue su repercusión sectorial y regional?, ¿cómo se origina el «nacionalismo económico», que, siendo rasgo dominante ya en la España de los veinte, atraviesa el cabo de la guerra y sobrevive como criterio dominante hasta la estabilización?

Por razones de espacio y de lugar no podemos resumir ni discutir en su totalidad el estudio de Roldán-Muñoz-García Delgado. Nos limitaremos a uno de los aspectos en que las repercusiones del análisis económico, obligando a pensar de nuevo una evolución política, resultan más claras: el nacionalismo vasco. Lo que, por

supuesto, no excluye que pudieran ser otros o de otra índole los temas sobre los que este trabajo arroja considerable luz, desde el maurismo al pensamiento social de Ortega y Gasset, o al sentido cultural de revistas como *España*. Estamos sobre este punto de acuerdo con las observaciones que hace Juan Velarde en su extraño prólogo al libro comentado.

Auge industrial y nacionalismo económico

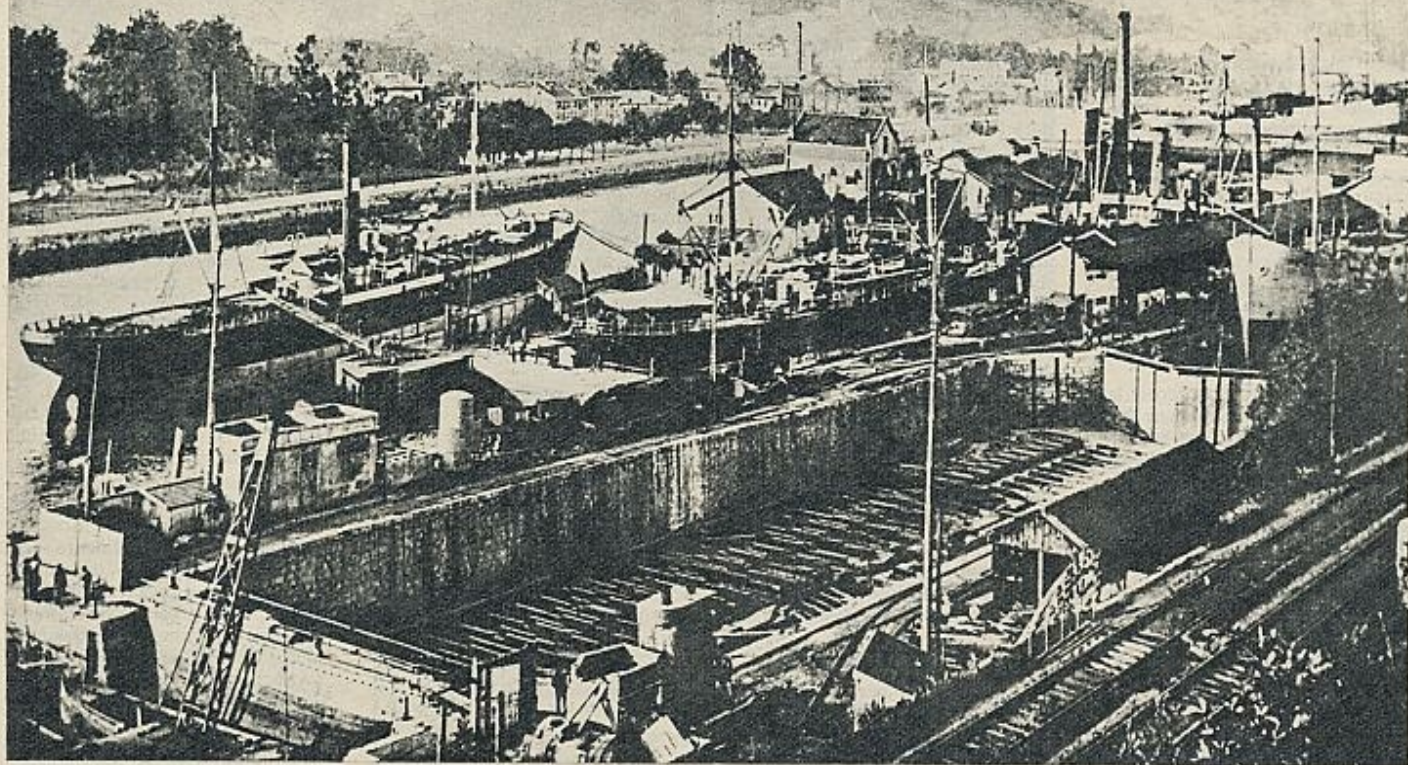
La influencia del conflicto bélico sobre la economía española se traduce en un primer momento en una fase de indecisión, cuyos rasgos reflejan el sentimiento de inseguridad que cunde en la clase capitalista. Faltan materias primas, hay pánico en la Bolsa de Bilbao, y la de Barcelona tiene que cerrarse. Pero pronto la coyuntura cambia radicalmente con la demanda suplementaria exterior, que muy pronto alcanza a la industria textil catalana, llevándola desde comienzos de 1915 a lo que se ha de recordar como «la edad de oro de nuestra producción industrial». Sigue el ascenso de las industrias químicas y farmacéuticas, y, en la segunda mitad del año, comienza a consolidarse la subida constante de los fletes, que estará en la base de la acumulación lograda en el sector naviero. Con dificultades nacidas de la distribución y transporte, se une al proceso la minería de carbón, gracias a la sustitución de las importaciones, que antes de la guerra venían suponiendo un 40 por 100 del consumo nacional; aumenta el número de empresas, el número de trabajadores en el sector se duplica, suben los salarios nominales y, como resultado de una vertiginosa subida de precios, las compañías ven cómo los beneficios se duplican y triplican de año en año. El auge se extiende también a otros sectores mineros, a la siderurgia y al sector eléctrico. Sólo algunos sectores

de exportación tradicional, como los agrios, sufren un proceso inverso y experimentan un balance negativo como resultado de la situación internacional.

La fase expansiva, que en los países beligerantes se trunca en 1917, se sostiene en España hasta bien entrado 1919, y aun hasta 1920. Es entonces cuando el fin de la situación excepcional para nuestras exportaciones, agravada por la crisis general de readaptación a las condiciones económicas de paz, se une a la inflación de costes para determinar una fase depresiva, que en algunos sectores como el minero alcanza niveles críticos. Los índices crecientes de afiliación sindical de la masa obrera otorgan a ésta una capacidad de negociación que se traduce en un relativo equilibrio entre el crecimiento de los precios debido a la inflación y el de los salarios, aun con fuertes diferencias regionales; incluso la curva ascendente de los segundos se prolonga más allá del fin de la coyuntura alcista. Ello se explica por el incremento de la combatividad obrera. El número de huelgas —siempre por bajo de cien anuales hasta la guerra— llega a ser de 1.060 en 1920, con un máximo de más de siete millones de jornadas perdidas. Y no menos claramente se refleja la tendencia de la clase patronal a ceder ante las condiciones excepcionales del mercado. El porcentaje de huelgas perdidas, habitualmente situado entre el 35 y el 45 por 100, desciende a un 16 y un 17 por 100 en 1918 y 1919. Sólo con la depresión se volverá a las proporciones de la preguerra, mientras el crecimiento del paro denuncia que los años dorados han pasado definitivamente.

El mayor beneficiario del proceso resulta el capitalismo vasco. Todos los índices coinciden en la atribución a Vizcaya de las mayores cotas de expansión, dentro de lo que los contemporáneos describirán como «una fiebre mercantil extraordinaria». La creación de nuevas empresas,

(1) *La formación de la sociedad capitalista en España, 1914-20*. Santiago Roldán, J. L. García Delgado y Juan Muñoz. Editado por la Confederación Española de Cajas de Ahorro; dos volúmenes. Madrid, 1973.



Los astilleros Euskalduna en 1917.

ANTONIO ELORZA

amortiguada tras el boom finisecular, hasta 1915, con valores oscilantes entre cinco y cincuenta millones de capital anual invertido, ve subir su cuantía a 164 millones en 1917 y 427 en 1918. Es un ascenso que afecta en especial al sector bancario, que ve duplicarse en 1918 los beneficios sobre 1915 y triplicarse en 1919, mientras nacen nuevas entidades hacia las que se canalizan en su mayor parte las inversiones. El crecimiento es también considerable en el sector siderúrgico, triplicándose el valor de la producción de lingote de acero entre 1914 y 1916, correspondiente a un alza vertiginosa de precios debida al incremento de las exportaciones, con la consecuencia inevitable de una notoria escasez en el abastecimiento del mercado interior. En cambio, el sector de transformación acusará el golpe, llegando a declarar la Unión Española de Transformadores Metalúrgicos que resultaba más ventajoso adquirir hierro norteamericano, a pesar de la carestía de los fletes, que hacerlo en el interior.

Pero, aun dentro del crecimien-

to general de la economía vasca (2), hay un sector cuyo grado de acumulación de beneficios destaca con claridad: el naviero, en su doble vertiente de transporte marítimo y construcción naval. La destrucción de una importante proporción del tonelaje de la marina mercante inglesa por cruceros y submarinos alemanes se traduce en un alza espectacular de los fletes, que alcanza valores oscilantes entre el 500 y el 700 por cien para el gran cabotaje y las grandes líneas. Como resultado, el índice de beneficios líquidos (valor 100, 1910) llega a ser de 2.729 en 1916 y 5.618 en 1919. La concentración regional del alza puede apreciarse teniendo en cuenta que desde fines del XIX la matrícula de Bilbao representaba más del 50 por 100 del tonelaje nacional. La mayor compañía, la Sota y Aznar, pasa de 2,5 millones de pesetas de beneficios a más de 35 millones anuales entre 1914 y 1918. Su fundador, sir Ramón de la Sota y Llano, preside o forma parte en 1920

(2) No es ajena a la acumulación, Guipuzcoa, especialmente en el sector papelero.

de otras sociedades (Euskalduna, Caminos de Hierro del Norte, Minera Sierra Menera, Banco de Bilbao, Banco del Comercio, etc.) y es primer secretario de la Cámara de Comercio, Industria y Navegación de Bilbao y presidente vitalicio de la Asociación de Navieros. Sota se convierte a un tiempo en el principal protagonista y en el símbolo de la expansión, que lógicamente se traduce en un índice muy elevado de creación de nuevas sociedades navieras y progreso de la construcción naval, que se sostiene hasta el violento cambio de la coyuntura en 1920. Se trata de un proceso cuya intensidad impide el reforzamiento de los vínculos entre las empresas del sector —más bien se produce una proliferación caótica—, pero que en las mayores compañías sí se traduce en un incremento de la concentración vertical. El caso más significativo vuelve a ser la Sota y Aznar, que controla varias compañías mineras e invierte una buena parte de sus beneficios en crear la Siderurgia del Mediterráneo, clara muestra del proyecto de controlar la extracción,

transformación, comercialización y transporte del mineral de hierro.

La concentración vertical fuera así al capitalismo vasco a una mayor integración en el espacio económico nacional-español. Obviamente, la política de inversiones de los empresarios nacionalistas vascos contradecía en apariencia sus postulados políticos (caso de la Siderurgia del Mediterráneo). Con fuerza mayor actuará en idéntico sentido otro factor, nacido también del auge de la guerra: la necesaria solidaridad patronal frente a cualquier intento de dar forma a una política fiscal destinada a compensar los desequilibrios generados por el crecimiento. El momento central de este proceso es la campaña que en 1916-17 protagonizan las agrupaciones patronales del capitalismo periférico frente al proyecto de ley de Santiago Alba, creando un impuesto sobre los beneficios extraordinarios logrados merced a la guerra. Sobre la base de una argumentación encubridora, en que todo tipo de anotaciones sobre la inoportunidad del proyecto se su-

EL CAPITALISMO VASCO EN LA PRIMERA GUERRA MUNDIAL

maban al planteamiento psicologista sobre «las zozobras» de la actividad empresarial, el presumible retraimiento de «los mejores» a quienes la ley venía a sancionar por su capacidad, etcétera, lo que se monta es una curiosa solidaridad nacional, cuyas repercusiones luego veremos, en que los representantes de las burguesías regionalistas, con Cambó a la cabeza, se mancomunan para frenar todo intento de política fiscal racionalizadora del proceso.

También aquí, en cuanto a la nacionalización, habría que hablar de algo más que de la solidaridad patronal a la hora de explicar las repercusiones de la acumulación. Ésta da lugar a una nacionalización del sistema, observable tanto en el nivel de la estructura económica como en el jurídico-positivo y en el estrictamente ideológico. En cierto sentido, cabría hablar de una conquista del mercado interior, hecha posible por la disminución de la oferta procedente de las áreas industrializadas de Europa, afectadas de lleno por la guerra. «La expansión industrial de estos años —escriben Roldán y García Delgado— no se debe sólo a la incidencia de una demanda suplementaria externa que da lugar a una expansión del mercado, sino también al proceso de sustitución de importaciones que se desarrolla, dadas las dificultades en los suministros del exterior de primeras materias y productos semielaborados y acabados, en especial los que provienen tradicionalmente de Europa central...». Por otra parte, tanto la coyuntura como medidas tales como la ley de 2 de marzo de 1917 sobre protección de la industria nacional favorecen la nacionalización de una Deuda exterior cuyo gravamen sobre la economía española del XIX es conocido, y la recuperación por el capital español de valores industriales en poder de extranjeros, fundamentalmente ferroviarios. El auge burgués y el reforzamiento del mercado nacional llevan, en el plano ideológico, a la adopción por la burguesía y los técnicos a su servicio (economistas) de un ideario tendente a potenciar el sistema nacional, con un claro fondo de ideal autárquico. Las manifestaciones que Roldán Muñoz y García Delgado analizan a través de la *Revista Nacional de Economía* (fundada en abril de 1916) y la literatura afín revelan hasta la saciedad aquella tendencia. La nacionalización propuesta es en buena medida estaficación al conferirse al Estado el papel de agente e interventor que impulse el crecimiento autárquico. Y en la medida en que el crecimiento se ha traducido en

un auge no menos considerable de la capacidad reivindicativa de la clase obrera (a través de la sindicación masiva en la UGT y, sobre todo, la CNT), con una conflictualidad creciente al producirse la crisis de 1920, este recurso al Estado y la consiguiente demanda de protección del área económica nacional se ampliará a las relaciones sociales, potenciando su función interventora, represiva y, diríamos, precursora de un sistema autoritario. La actuación gubernamental de Eduardo Dato puede ser a estos efectos representativa.

«Cuando Bilbao era Atenas»

Uno de los efectos políticos de mayor entidad, ocasionados por la acumulación capitalista de la guerra en el País Vasco fue el

económico situado tras la estructura del partido y, especialmente, tras su diario *Euzkadi*. El principal obstáculo para la afirmación de la segunda corriente fue, con caracteres de gravedad progresivos, la línea germanófila que pretendió mantener el líder indiscutible del partido nacionalista desde su reorganización, Luis Arana Goiri. Su apartamiento vino así a constituirse en una exigencia para sustentar desde las páginas del diario, cuyas páginas de guerra animaba «Imanol» Aznar, la posición neutralista y aliadófila que respondía a los intereses del capitalismo vizcaíno, y en particular del sector naviero, en cuya fuerza económica residía uno de los pilares del nacionalismo.

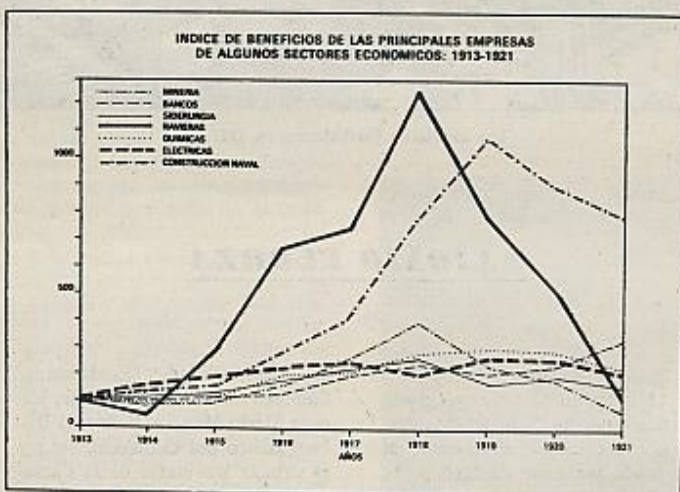
La nula información sobre reuniones, movimiento de afiliados en la prensa nacionalista se ve compensada, para estimar su im-

Torre, fue vicepresidente de la comisión electoral en los comicios, y también estaban ligados a Sota a través de la Junta de Obras del Puerto, que presidía el diputado por Durango, Ignacio de Rotaache, y su suegro, el senador Pedro Chalbaud. Finalmente, cerrando el círculo, su propio hijo, Ramón de la Sota Aburto, ocupaba la presidencia de la Diputación Provincial. Sin olvidar, en fin, que el diputado por Guernica y titular de un importante paquete de acciones del diario del partido, Anacleto de Ortueta, dependía también del grupo a través de la compañía Sierra Menara (3).

Esta posición política dominante había de verse matizada por las consecuencias económicas de la guerra, y especialmente por el movimiento citado de solidaridad patronal entre los amenazados por el proyecto de impuesto sobre los beneficios extraordinarios de Alba. La lucha contra el proyecto de ley puso de relieve la comunidad de intereses de clase entre catalanistas y regionalistas vascos, y animó a Cambó a pronunciar un ciclo de conferencias en el País Vasco, en los primeros meses de 1917. En especial, las pronunciadas en los teatros de los Campos Elíseos y Albia, de la capital vizcaína, alcanzaron enorme resonancia. Su finalidad no consistía sólo en asegurar la solidaridad económica, sino también forzar la mutación latente en el nacionalismo vasco hacia una organización estrictamente regionalista, muy próxima en todos los terrenos a la Lliga.

La lección de los discursos de Cambó ante los nacionalistas bilbaínos y donostiarras tenía, pues, una doble consecuencia, descontando el tema concreto de la lucha contra el impuesto sobre los beneficios de guerra: el conflicto mundial había potenciado los nacionalismos, incluso había proporcionado a vascos y catalanes mayor fortaleza («nos sentimos también invadidos de ese ambiente de sinceridad», léase de acumulación de capitales), pero a trueque de concretar sus aspiraciones con mayor realismo, adecuándolas a un espacio económico español cuyo auge previsible era descrito en términos de imperialismo. Para compensar esa concesión fundamental, el nacionalismo era sustraído de toda posible discusión teórica: «Ante la afirmación nacionalista, las opiniones callan y hablan únicamente los sentimientos. El nacionalismo no se discute, no se analiza; se repudia o se ama».

El programa de Cambó es el que hace suyo implícitamente el



Los gráficos sobre la evolución de los beneficios denuncian la situación excepcional del sector naval.

rápido ascenso y la mutación interior experimentados por el movimiento nacionalista. Claro que el análisis en profundidad de este cambio exigiría un estudio en profundidad de la burguesía vizcaína y su comportamiento político en el período. A la luz del trabajo de García Delgado, Muñoz y Roldán, y sobre el material impreso nacionalista, cabe, no obstante, bosquejar una línea interpretativa.

El primer efecto de la guerra consiste en reactivar el conflicto interior entre los partidarios de la ortodoxia sabiniana, con apoyo popular y en cierto modo movidos más por las repercusiones nacionalistas de la guerra (sublevación de los Sinn Feiners irlandeses, reafirmación del principio de las nacionalidades) que por las exigencias económicas, que en cambio dominan en el poder

plantación creciente durante la guerra, por la afortunada incorporación a las elecciones parlamentarias y por los sucesivos éxitos electorales, que culminan en la conquista de la mayoría en las elecciones de 1917 para la Diputación de Vizcaya y en el copo electoral de los distritos del Congreso (salvo Bilbao, socialista) por los candidatos nacionalistas. El líder de la industria naviera, Ramón de la Sota, venía así a ocupar, merced al nacionalismo y la guerra, una posición comparable a la que en 1900 tuviera Chavarri. El mismo era diputado por Valmaseda; el jefe administrativo de su Euskalduna, Alejandro Zaballa, lo era por Baracaldo; el secretario de la Asociación de Navieros, por él presidida, Antonio de Arroyo, por Marquina; el capitán inspector de Sota y Aznar, Mariano de la

(3) Datos de Gregorio de Balparda, *Los errores del nacionalismo vasco*, Bilbao, 1918, p. 86.

revisiónismo nacionalista centrado en la revista bilbaína **Hermes**, que Jesús de Sarría funda en enero de 1917 y que se editará sin interrupción hasta el suicidio de su fundador en el verano de 1922. **Hermes** se presenta como «la más elegante de las que se editan en España», de acuerdo con los rasgos del club de la alta burguesía en cuyos salones cobra forma el proyecto: la Sociedad Bilbaína. Sarría contempla el nacionalismo como un reflejo de la capacidad del pueblo vasco, hacia el cual se siente ligado por vínculos estéticos y sentimentales, con el distanciamiento propio de su condición privilegiada. Pero este carácter expansivo de la nacionalidad se conjuga con una España asimismo en auge, a la que cabe pedir sólo autonomía política y protección arancelaria. De ahí que en el plano cultural **Hermes** solicite la colaboración de vascos no nacionalistas (Unamuno, Baroja, Sánchez Mazas, Lequerica, Maeztu) y se abra a otras colaboraciones de aparente prestigio, como Ortega y Gasset, mientras en el plano estético potencia la dictadura del crítico Ricardo Gutiérrez Abascal («Juan de la Encina»). Las vinculaciones económicas aparecen en la preferencia otorgada al sector naviero en la sección de «Vida financiera» y en la presencia constante de una publicidad encubierta de las grandes empresas del grupo Sota (Euskalduna, Sota y Aznar, Sierra Menera).

En el orden ideológico, **Hermes** refleja la misma intención regionalista que los folletos de su director, como **Ideología del nacionalismo vasco, La patria vasca**, con la doble argumentación sentimental y estrictamente económica en favor del cambio. No es, pues, extraño que **Hermes** ponga su minoritaria colaboración política en manos de quien, como Eduardo de Landeta (asimismo alto empleado de Sota), encarna desde comienzos de siglo la orientación regionalista y antiseparatista del nacionalismo. «El bizkaitarrismo —escribía Landeta en un artículo titulado "La ficción separatista"— sólo busca el reconocimiento de su nacionalidad. Y la nacionalidad es la lengua y es el derecho, y son todas las instituciones y todos los aspectos sociales que constituyen... una fisonomía cual la vasca... Pero el reconocimiento de esta nacionalidad vasca no significa, ni se pretende que sea, una separación del Estado español. En manera alguna». El regionalismo se adecuaba perfectamente a la política de inversiones del grupo capitalista naviero, pero como estas últimas dependían para su éxito de la consolidación de la coyuntura alcaista



Sir Ramón de la Sota, máximo dirigente y símbolo de la riqueza naviera. Al fondo, la ría de Bilbao. (Cuadro de Zuloaga.)

que, tanto en el plano económico como en el político, había de cambiar el signo en la inmediata posguerra.

Porque cabía otra interpretación del auge. Desde el punto de vista de unas clases medias disociadas de la dirección del proceso, el crecimiento económico aparecía única y exclusivamente como prueba de la capacidad empresarial del País Vasco, de la valía de sus hombres, mientras que el incremento de los conflictos sociales y, con la llegada de la crisis, la posible proletarianización, resultaban atribuibles al marco político español. Con el ascenso en la afiliación, la misma tendencia que para la alta burguesía nacionalista llevaba a un regionalismo y a una fe creciente en el mercado español, servía para que entre la juventud y la pequeña burguesía cundiese, con una fuerza no sentida desde la muerte del fundador, el separatismo. Es significativo que la disensión tenga sus primeros brotes como reacción frente a los discursos de Cambó en Bilbao —y contra el diario del partido, **Euzkadi**, que redondea su texto—, y que la ruptura sólo sea manifiesta

cuando con el cambio de coyuntura los efectos positivos del posibilismo hayan llegado a su fin: en la crisis de 1920, las luchas sociales en las calles de Bilbao son sólo superadas en violencia por las de Barcelona, hay crisis económica, paro y resultan evidentes los retrocesos electorales de la Comunidad desde que en 1919 pierde el control de la Diputación de Vizcaya, al reorganizarse en «la Piña» las fuerzas monárquicas (liberales y conservadores en frente unido) en torno al bloque capitalista tradicional.

La anécdota del proceso escisionista tiene, desde estos supuestos, un nuevo valor ilustrativo. Su expresión teórica sigue, como decíamos, al proyecto regionalista defendido por Cambó, al que vienen a sumarse los primeros testimonios de antiseparatismo de los minoritarios nacionalistas navarros. Su órgano será en adelante el semanario portavoz de las juventudes, **Aberti**, que desarrollará una larga lucha, con contadas manifestaciones externas entre 1917 y marzo de 1920, pero a la luz del día desde esta fecha a la escisión de julio de 1921, de la que surge frente

a la Comunidad el Partido Nacionalista Vasco (4). La bandera esgrimida desde el primer toque de atención —dado por Jesús de Gaztañaga «en defensa de la pureza doctrinal»— será el mantenimiento de la ortodoxia sabiniana, puesta en cuestión por el deslizamiento del partido hacia el autonomismo. Las Juventudes Vascas constituyeron en esta campaña el núcleo de la disidencia, con algún líder notable, como Eli Gallástegui o Manu Eguileor, y la recuperación de viejos desplazados de la dirección del partido, incluido al final el «Euskeldun Batzokija», centro de reunión que con sus «cientos de» sostenía en precario Luis Arana Goiri. En todo caso, cuando se produce la escisión por ser expulsados los jóvenes radicales ante sus campañas contra el diario de la Comunidad, su implantación se limitará a Vizcaya, y en especial al área bilbaína, donde obtienen algún éxito electoral. En un movimiento tan cerrado al exterior como el nacionalista, la crisis sirvió al menos para sacar a la luz posiciones doctrinales y relaciones de poder antes encubiertas. Incluso quedó clara la debilidad de una posible burguesía nacionalista democrática, anuncio del fracaso en los años treinta de Acción Nacionalista, cuando una nueva escisión, esta vez laica y obrerista, apenas ganó para su responsable —el Partido Nacional Vasco— algún núcleo en Baracaldo.

En definitiva, si sobre las actitudes políticas de 1914-21 la coyuntura económica había jugado un papel determinante, no sucede otro tanto en lo sucesivo. Las dos ramas del nacionalismo pasan a la inactividad con la Dictadura de Primo de Rivera, resurgiendo sólo en 1930 con un relanzamiento del proceso en que las posiciones ideológicas se mantienen en buena medida, aunque arrojen resultados muy diversos por la nueva relación de fuerzas y las expectativas creadas por el marco político republicano. ■ A. E.

(4) El equilibrio interno de la Comunidad Nacionalista, defensivo una y otra vez en la copiosa producción de su portavoz Engracio de Aranzadi («Kizkitza») descansaba en la fórmula de recuperación para el país del status anterior a 1839, combinatoria de autodeterminación y tradicionalismo, y susceptible, por tanto, de ser interpretada desde un amplio campo de variación, entre el fuerismo de los nacionalistas navarros y la separación. La rama mayoritaria del nacionalismo seguirá denominándose Comunidad Nacionalista hasta que, a fines de 1930, se reunifique con los abertianos, adoptando la titulación de éstos, Partido Nacionalista Vasco. En el mismo momento, una fracción minoritaria de la Comunidad se separa, dando vida a Acción Nacionalista Vasca, democrática, laica, republicana y federal, pero que no conseguirá una implantación estimable a lo largo de la República.